



**¡¡Menuudo
Marron !!**

Sheila Maldonado D.J.57

MENUDO MARRÓN

Sheila Maldonado

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este relato, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art 270 y siguientes del Código Penal)

1908191726916

Índice

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

CAPÍTULO 1

Estoy loca corriendo por la casa.

Me viene la familia a cenar.

Lo tengo todo patas arriba y ya no sé dónde meterlo todo.

Esto es el Apocalipsis. Me va a dar algo.

Y encima a mi perro ahora le ha dado por cambiar el pelo y esto parece una peluquería cuando acaban de cortar el pelo a todas las novicias del convento.

¡Ya podría ser como las serpientes, que cambian la camisa y ya está! Pues no, al Frispi —que es como se llama el lanudo perro setter irlandés de color negro— se le va cayendo la pelambarrera y va dejando rodillos de pelo como en las pelis del oeste que van rodando las hierbas secas por el pueblo abandonado. Mi casa es el jodido pueblo habitado que esta noche se va a convertir en un parque temático para los invitados. Pero la temática del parque va a ser la guarrería que hay en mi casa porque hasta el polvo está empeñado en seguir ocupando los muebles, no se va el condenado, incluso lo voy soplando ya harta de seguir viendo la película polvorienta en la superficie de todo— mesita del televisor, estanterías, cuadros, mueble del calefactor, reloj de pared, recibidor, y hasta encima de la cisterna del wáter hay polvo que sigue y sigue como si tuviera pilas alcalinas— pero eso será lo menos en el que se fijen, porque las madejas de pelo que irán saliendo a medida que el Frispi se arrasque alguna parte de su cuerpo, ya será bastante para crucificarme como la guarra de la cuñada.

El lavabo también me trae por la calle de la amargura.

Estoy por hacer pis y lo otro en un cubo durante el día, para que el bote de limpia tuberías que le he metido a cada inodoro haga mejor su efecto. Además, a 5 euros por bote que le he echado a los tres váteres que tengo, sería un despilfarro inútil si encima voy y lo ensucio.

No, no, que esté reluciente para que lo estrene mi cuñada. Que nada más entre por la puerta tenga que ir a uno de los tres váteres y con lo limpio que los voy a dejar— van a brillar hasta las bisagras de las puertas— diga: ¡Uy, qué frescor, qué limpieza, cuánto limpia la Marisa!

Sí, ya veis que me llamo así, Marisa. Y por favor, no me empecéis con los versos esos que ya solo falta que los recite yo misma cuando me presento. Por si

no los sabéis son estos:

Marisa, se llevó los gatos a misa y le cagaron en la camisa.

Ya, bueno. Por si acaso ya lo digo yo y os ahorráis de decirlo. Juasjuas.

A ver, ahora estoy sacando todos los trastos que se van acumulando en los muebles. He cogido una bolsa de papel de las que te dan en las tiendas de ropa y a saco lo meto todo ahí dentro. Ya lo colocaré mañana otra vez donde debe ir cada cosa. Me llevará todo el día, pero bueno, ahora no me voy a detener a ver dónde van los clips, las gomas de pelo, los carnets caducados del port aventura con la foto —que da pena tirarlos pero hay que saber dónde van porque hasta me estoy planteando hacer un álbum de carnets caducados de todo—, las notas pendientes de todo lo que hay que ir haciendo, las circulares de los colegios de los niños, las hojas de visitas médicas, los resguardos de los recibos del agua, la luz, el gas, las garantías de los aparatos comprados últimamente,— que acaban perdiéndose y precisamente cuando se necesitan ya no sabes ni dónde las has puesto—, y toda una vida que se plasma en papeles, pen drives, memorias de usb, y hasta incluso dibujos de los niños de cuando eran pequeños que te persiguen allá donde vayas, metidos en un libro, en un cajón, entre las toallas del armario, en el bolso, bolsillos de todos los abrigos, y en los cajones de la cocina que guardan de todo menos trapos de cocina, que acaban estos en el frutero junto a todos los imanes de nevera que se les ha despegado eso, el imán.

Seguro que mi cuñada Adela va a abrir los armarios del baño. Esperará encontrar un caos dentro. Pues no. Ahora sí que lo es, todo está apretujado haciéndose sitio dentro, y antes de coger algún bote de desmaquillante o la pasta de dientes, hay que sujetar el resto para que no se venga encima el arsenal de productos, pero he comprado unas fiambreras azules, a juego con el color de los armarios y dentro va todo. Solo va a ver eso, cajitas azules como si fuera una obsesa del orden, nada a la vista. Minimalista total.

Lo que pasa que muchos botes van a ir también a la bolsa de papel y ya van siete bolsas entre los cachimbaches que voy recogiendo y todo lo de los baños.

Coloco toallas de las que aún no he estrenado en los seca manos, así estará todo inmaculado total. También he comprado unos dosificadores de jabón azules, a juego con los armarios del baño. Y un conjunto para cubrir la taza del wáter que se completa con una alfombrilla alrededor. Azul. Monísimo.

¡Ah! Y para más inri, el papel wc igual, azul. Solo espero que no decolore y le deje las partes a mi cuñada de ese color al limpiarse. Estaría bueno que quedase tatuada de por vida por obra y gracia de su querida cuñada Marisa. Si, la de los gatos...juasjuas.

CAPÍTULO 2

Mi hijo Dani se ha ido a jugar al fútbol al parque. Al menos lo tengo ahí colocado mientras ventilo la casa, porque ayer, al haber comido cocido, esto parecía el establo de Pepa Pig. Una peste horrorosa. Se podía apreciar hasta el aroma a la morcilla de Burgos.

Tengo puesto un incienso de bergamota, que dicen que crea buena onda, buena vibra, vamos, que procura que haya buen rollo en la casa y no te cabrees por cualquier cosa, hablando en plata. Eso espero, porque como se pongan a hablar de política en la cena la tenemos clara. Que si los lacitos amarillos por un lado, que si los másteres comprados por otro, esto se podría convertir en un partido de tenis a ver quién da el mejor raquetazo. No, no, en cuanto oiga algo de eso, lo corto de inmediato cambiando de tema. Que mastiquen que es lo que tienen que hacer para que acaben pronto la cena y se marchen ya. Uff no han llegado y ya estoy deseando que se vayan. La que me espera...

Acabo de darme cuenta de que no he limpiado los cristales. Llevan ya dos años sin que les pase en condiciones el cristasol. Y no tengo la excusa de la lluvia reciente porque hace dos meses que no cae ni gota. Así que no me queda otra que darle al paño y limpiar los ochocientos mil cristales que tiene la casa.

Las motitas de las moscas se han pegado de tal manera que ni con la espátula salen. Si fuera navidad pondría pegatinas y polvo de nieve para no tener que limpiar, hasta las motitas blancas de los insectos parecerían obra y gracia de la decoración navideña. Pero no, estamos en pleno verano y a pesar de que cada año se adelantan en colocarnos la Navidad, creo que aún no cuele.

Al cabo de media hora dándole al trapo me está doliendo el brazo. Ya me he lesionado.

Claro, como no estoy acostumbrada a tales movimientos rotatorios, mi brazo derecho se está quejando de tanto zarandearlo al pobre. Solo falta que me haya ocasionado una luxación. A mi madre le pasó al limpiar una alfombra de salón, la tendió en el balcón y comenzó a darle con la raqueta de tenis para quitarle el polvo. De tanto zascasca a la alfombra con el brazo, se lo fastidió, y al mirárselo en la consulta del médico le dijeron que era una luxación.

Yo acabaré con luxaciones, intoxicaciones, cardiopatías, migrañas, y

decepciones, porque nunca estará todo como pretendo. Por mucho que me esmere, verás que algún detalle se me va a pasar por alto y no voy a dar la talla para que se me catalogue como una buena ama de casa, perfecta , hacendosa, superlimpia, organizada, con buen gusto decorativo, buena anfitriona, detallista, buena cocinera, guapa, inteligente, con buen tipo, que le huele bien la boca, que sonrío de maravilla, que no tiene defectos, que tiene un buen empleo, que tiene a los hijos bien educados, que le obedecen y la respetan, que tiene a su marido comiendo de su mano, que tiene las uñas como una princesa.... ¡las uñas! ¿cuándo me las voy a pintar? Las tengo fatal, con el esmalte ya pidiendo a gritos que le pase el algodón con acetona, parecen las de una zarrapastrosa, y mis pelos igual, ya no existe el peinado que me hicieron ayer en la peluquería. De tanto sudar por el cogote se ha convertido en un remolino pegajoso. No me quería poner coleta ni pinza para recogerlo para que no quedara la marca, pero es que ahora está todo escarolado por la humedad tan asfixiante que convierte al calor en una nube de vapor como si tuviera una plancha gigante echado chorros de vapor delante de mi cara todo el rato. ¡qué agobio!

Tampoco me puedo maquillar ahora porque se me correría la pintura por toda la cara al estar sudando como un tocino. No, si al final me va a pillar con pintas y la casa enguarrá, ya lo verás.

CAPÍTULO 3

Mi hija está trabajando en una tienda de ropa, a 12 kilómetros de aquí, y según me ha dicho, vendrá en autobús, así que no la tengo que ir a buscar en coche. Eso me da más margen de tiempo para adecentarlo todo. Porque su habitación me va a llevar media hora mínimo para tenerla decente.

Al final cogeré otra bolsa de esas de las tiendas y meteré todo lo que encuentre. Lo esconderé debajo de su cama y que ella luego lo saque mañana de ahí. Solucionado.

Ya llevo quitando pelos del perro que siguen apareciendo a pesar de haber pasado la aspiradora. Es que ya debería estar calvo el perrete, porque he recogido ya para tres pelucas caninas. Se e está ocurriendo que podría ponerle una funda para que no se escaparan más pelos o engominarlo y así que se queden bien pegados los pelos en su cuerpo.

He recogido la alfombra del salón porque si tengo que aspirar todos los pelos, atasco el filtro, de tantos que debe haber. Mejor enrollado y escondido detrás del sofá alargado.

Ya son las ocho. Vienen a las 9 y media .

¿Cuándo coño me voy a hacer las uñas? Y encima me estoy meando y lo otro también, y no quiero usar el baño porque está reluciente. No quiero ni pisar el suelo del baño para no dejar huella, pues le puse abrillantador y está como un espejo. Que mi cuñada se refleje en el mismo suelo del baño va a ser toda una experiencia religiosa que no olvidará en su puta vida. “La Marisa tiene el mismo baño de Mister Proper” es lo que quiero que piense. Así me podré morir tranquila de haber pasado la prueba del algodón, que me convertirá en una estrella de las amas de casa, digna de ser admirada por las que rondan mi ataúd el día que la espiche, que como tenga muchas visitas como esta, va a ser más pronto que tarde. Ozú mi arma. Qué atracón de limpieza, qué tute me estoy dando.

Los gambones están descongelándose aún. Ya los iré asando en la plancha en cuanto se sienten, pues primero les pondré los aperitivos, para que cuando lleguen no huelan a marisco.

Que huelan a limpio.

Voy a hacer pis en un cubo porque no me aguanto más. Lo vaciaré luego en el váter cuando ya lo haya usado mi cuñada. Lo escondo en el balcón.

Que mi hijo no aparezca en casa hasta que las visitas hayan recorrido toda la casa y hayan hecho la inspección. Y si tiene que hacer pis que lo haga detrás de un árbol en la calle, pero aquí no mea nadie hasta que mi cuñada no haya puesto su santo culo en mi wáter esterilizado.

Mi hija igual, que haya hecho pis en la tienda y que no se cambie ni de ropa, que no toque nada en su habitación hasta que haya pasado la revisión de las visitas por toda la casa.

Y mi marido... eso lo tengo más difícil, porque vendrá del taller con todo el polvo de haber estado trabajando y la ropa sucia, los pelos acartonados y un aliento a barnices y disolventes que necesita, no una ducha y un cambio de ropa, sino pasar directamente por el lavadero de coches ese que cuando salga esté sequito y todo, con la raya al medio, más joven, sin hernia, sin lumbalgia y con aire de ir a jugar al golf.

Eso va a ser toda una odisea. Le diré que se duche en el taller, que haga pis allí y venga descalzo, que coma chicles de menta y se engomine el pelo ... como el perro, que le acabo de enchupinar por todo el lomo la gomina a ver si se le quedan los pelos pegados de una vez. Tengo pelos hasta en la lengua ya.

Ahora se me ocurre que , cuando estemos sin saber de qué hablar, o empiecen con la política, o a hablar de cómo educar a los niños, que sería para mi Dani el tormento padre, podría ponerles un vídeo de familia de cuando íbamos a Mallorca todos juntos, así reiríamos y pasaríamos el rato.

Tengo que buscar las cintas del año catapum, y dejarlas a la vista para ese momento tan delicado que se puede presentar y salvarse de entrar en discusiones.

Miro entre los CD'S y veo que en uno pone en la tapa "Vacaciones" . Es ese. Lo dejo ahí encima del mueble del televisor para casos de emergencia.

El mantel .los platos, los cubiertos, las copas...¡¡las copas!! Ahí están llenas de polvo en la vitrina. Hace lustros que no las usamos y hace falta lavarlas. No hay trapo que saque la película adherida blanquecina que se ha ido formando. ¡Horror! A medida que voy sacando copas, veo el cerco que van dejando en el cristal en el que estaban colocadas. ¡Dios mío! Tengo que limpiar también la puta vitrina. Estoy que me cago ya en todos los santos y lo malo es que es ya fisiológico. Que me cago de verdad, coño.

Voy a por el cubo del balcón. A ver si llego a tiempo porque tengo unos retortijones horribles, de los nervios que me están entrando estoy ya

descompuesta.

Cojo el cubo, con el pis anterior dentro y me meto en casa rápidamente, me bajo el pantalón, las bragas y me coloco a encestar lo que llevo dentro queriendo salir escopeteado.

¡Dios! No he cerrado las cortinas, y una vecina está mirando. ¡Qué horror!!

Y yo en cuclillas, con una mano en el cubo haciendo malabares y la otra sujetándome el pantalón y las bragas para que no se pringuen. ¡Vaya cuadro!!

La miro y si, hombre, estoy como saludarla. A ver cómo disimulo, porque esto es increíble. Va a pensar si estoy majara o qué. Incluso se creará que me estoy cagando en ella y que esto lo hago como un gesto de represalia por la discusión que tuvimos el otro día en la reunión de la comunidad, cuando ella dijo que no estaba dispuesta a pagar los recibos mientras no arreglaran el cuadro de timbres, pues a ella no le funciona.

Voy a disimular haciendo ver que se me ha caído algo al suelo y por eso estoy agachada. Tiro la horquilla del pelo que cae justo delante de mí y la intento coger para justificar esa pose. Lo del pantalón bajado haré que me estoy dando crema en las piernas o algo así.

CAPÍTULO 4

Llaman a la puerta de repente y me pongo más nerviosa. El cubo se me resbala justo cuando se empezó a abrir el grifo de mis interioridades viscerales y ale, todo por el suelo. El pis que había en su interior igual, esparcido, y la guinda de lo que ha caído igual, formando el padre de todos los desastres. La vecina se está poniendo las botas mirando todo el xhow. La hija de p... se ríe para sus adentros aunque apriete los labios para que no se le note. Quiero cerrar la puta cortina ya y me voy desplazando con las zapatillas encharcadas de orines y al estirarme me doy de bruces contra el suelo, haciendo caer la cortina del estirón que le he dado al cogirme de ella. ¡Todo pringado!!

Han llamado diciendo que están aparcando , que ya están aquí, que ya vienen, que me cago en tó...!!

Y yo con el panorama cubil, mis uñas de espanto, mi pelo de fregona, mis pintas, porque aún no me he puesto el vestido de fiesta— cómo me lo voy a poner si estoy chorreando de sudor y tengo que echar lejía a diestra y siniestra— ni he escondido toda la juguetería del perro que anda desperdigada por la casa. No la había recogido para que el pobre se entretuviera mientras iba limpiando, le iba tirando pelotitas, peluchitos, ositos de goma.... Y ahora están por todas partes como los aliens. ¡Me va a dar algo!

Mi hijo aporrea la puerta. Daniiii vete al árbol y déjame tranquila un minuto por favor, te lo pido por lo que más quieras, un minuto, Dani, que recoja todo esto, airee bien, eche lejía, ambientador, me pinte las uñas, me haga un moño, me ponga el vestido... en un minutoooo!!

Dani sigue aporreando la puerta, el perro ladrando, yo con el cubo y la fregona, y dónde tiro todo. No, no lo dejo en el balcón. Los dos cubos, el del fregado y el de mis vaciados interinos. Y de paso saludo a la vecina y le dedico la jugada. Oleee.

Dani dale que dale. Y ahora se queja como si fuera el ogro de la caverna: — ¡Mamaaaá que abraaasss que no aguantooooo!!

La madre que lo parió. Pues nada, que tengo que abrir, porque me va a montar un escándalo aquí impresionante.

Enseguida entra como una estampida de búfalos, con sus botas llenas de

barro, un olor a sudor que echa para atrás, una peste de otra cosa que me recuerda lo que acabo de vivir delante de la vecina cuando estaba haciendo malabares con el cubo, y va derecho al lavabo que está justo delante de la puerta de entrada. ¡Toma ya! ¡Buenísima jugada, hijo mío!! Me he quedado con el “No entr....” Suspendido en el aire, porque ha sido más rápido que el corre caminos y ya es decir. Ale, corre que están ya llegando. Y recoge todo que les entretendré en la puerta. Mete todos los achiperres del perro en su caseta mismo y métete en tu habitación, cámbiate y luego baja a jugar con el primo, que si se aburre me empieza a abrir todos los cajones.

—Sí mamá, sí, ale, déjame tranquilo que necesito concentrarme.

¿Concentrarse? Eso quiere decir que va a mirar todas las publicaciones del Instagram, el ask ese de las preguntas anónimas, el Facebook, el washupp y de paso hacerse fotos y retocarlas con mensajitos chorras para sus amigotes, que seguro están compartiendo el momento feliz chateando mientras están en el wáter con el móvil.

Me salgo a la calle porque me van a pillar in fraganti con todo el pestazo a lejía, cacotas, y todos los juguetes del perrete como si fuera esto una guardería a la hora del recreo.

Me miro fuera en la puerta y me doy cuenta que tengo el mandil puesto, el que tiene los bolsillos medio rotos y los hilos están sueltos por las uñas del perro cuando me pide comida y escarba en mi falda. Es el mandil que siempre llevo, y hasta ahora no he visto lo sucio que está ni lo deshilachado y echo una pena del pobre, que ya está pidiendo reciclarse en trapos.

Les oigo abajo ya. Me atuso como puedo los pelos, peinándomelos con los dedos, me miro las manos... procuraré esconder los dedos hasta que pueda ir al baño— después de mi cuñada y su revisión— y me las iré pintando durante la cena a ratitos. Me miro la ropa. Vale, mi pantalón es de los de cintura de goma, de andar por casa, con manchitas de grasa que no se quitan ni con agua bendita, mi camiseta de tirantes deja marcar mis domingas y los michelines de la cintura. También tiene el finiquito pendiente, porque uno de los tirantes se sujeta de milagro por un hilo que al menor estornudo se quita la responsabilidad de sostener todo el percal. Me taparé con los brazos para que no se me vea tan de parcela, porque incluso la gente de campo creo que va más decorosa que yo hoy.

Ya han tocado el ascensor. Ya suben. La vecina sale ahora, oigo cómo va dando giros a la cerradura desde dentro .craj craj y craj. Tres vueltas y abre su puerta inmaculada brillante, con su placa dorada despidiendo rayos de glamour. Miro mi puerta. Arañada por el perro. Descolorida de haberla fregado con lejía

—a quién se le ocurre (pues a mí)—con el pomo dorado descascarillado, la placa de plástico con un trozo de papel dentro y nuestros nombres en bolígrafo ya casi imperceptibles (habíamos encargado una placa como Dios manda pero por lo visto nadie tiempo para ir a buscarla a la imprenta) . Bueno, la taparé poniéndome delante, y les haré entrar rápido, así ni la verán.

Mi vecina sale. —Buenas noches, Sonsoles. — Buenas noches, Marisa.

Caras de “*vaya la que te tienes montada, colega*”por su mirada escudriñándome. Saca la bolsa de la basura. —Maja, justo ahora —pienso— no has tenido toda la santa tarde y vas ahora que suben mis invitados y sales con tu apestosa bolsa a meter las narices y vivir la escenita en vivo y en directo. Dí que sí, hija mía. A enterarte de todo, claro que sí. Y encima a dejarme la escalera con un olor a pescado podrido que menuda impresión se van a llevar todos nada más abrir el ascensor. Dirán: ale, ya hemos llegado a villa mierda.

Tachán, que empieza la función, prepárate, Marisa, que tienes que darlo todo y aunque revientes y sientas que vas a morirte de un infarto, aguanta, que en cuatro horas como mucho todo se habrá acabado y podrás llorar agusto rendida, tirarte por el suelo con el perrete encima dándote lametones, yendo de baño en baño haciendo lo que se te venga en gana, sacando todo lo de las bolsas de debajo de las camas, y vaciando los cubos que están en el balcón haciendo desaparecer la peor pesadilla de la tarde, la prueba del delito.

CAPÍTULO 5

Voy abriendo la boca para preparar la mejor sonrisa del mundo, a pesar de tener a la vecina delante y tener que forzar aún más el gesto.

Ahora caigo en que no me he puesto las piezas dentales, el puente de quita y pon. Ufff ya no puedo abrir mucho la boca, porque se me verían los huecos. Lo que faltaba: con pintas y desdentada. ¡Qué manera de empezar! Adiós a mi plan inicial de esperar a que llamaran al timbre, recibirles como si acabara de salir del teatro, oliendo a rosas, con zapatos de tacón, mi vestido de seda, mis collares, mis pendientes, mis pulseras, mis anillos, mis... hija mía, es que me iba a poner todo el arsenal de joyas para las ocasiones especiales, ósea para noches como esta. Aquí estoy, con alpargatas. ¡Alpargatas!! Sí, las peores que te puedas imaginar. Tiene la espuma de la plantilla con agujeros. Se me ven los dedos salir por la parte de adelante, y ahora que los veo, están sin depilar, se ven los pelillos de los dedos y las uñas sin cortar ni limar. Claro, como me iba a poner los zapatos, no iba a ponerme a hacer la pedicura con todo lo que tenía que hacer.

Nada, los iré escondiendo poniéndomelos detrás de la pierna, por turnos y así no me lo verán.

Menudo número tengo. Va a ser una prueba terrible, esconder partes de mi cuerpo, esconder cosas de mi casa, y meter a mi vecina en la bolsa de la basura también si pudiera y arrojarla al quinto infierno. Aaaahhhh!! Qué adrenalina tengo encima. Más que una montaña rusa.

Se abre la puerta del ascensor, voy a ayudarles a abrirla porque la vecina está como un pasmarote ni se inmuta. Saca la cámara también, grábalo todo por si se te pasa algún detalle, hija. —me dan ganas de decirle.

HolaaaaaaaaaaaaaaaaaAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA

Me quiero morirrrrrRRRRRRRRRRRR la noche que me espera..Dioss!!!!

La vecina mirando, inmóvil, impasible, como una estatua con la bolsa del pescado podrido en la mano como un trofeo .menudo ramo de flores que tienes, hija, qué aromaaaa!!

La miro y la asesino con la mirada.

Nos damos los besos de rigor. ¡Qué bien huele mi cuñada! En la vida he sentido esa fragancia tan delicada, tan fina, tan ..cara seguramente. Va peinada

como recién salida de la peluquería.. . No, recién salida del centro de belleza. Rubia de pelo reluciente, brillo de labios reluciente, maquillaje reluciente, sonrisa con dientes completos y alineados relucientes, ojos pintados con sombras y rímel impecable, conjunto de moda planchadito y de último grito, uñas de porcelana , pulseras a juego con el estilo, con ornamentos de piedritas como el collar, los pendientes, los anillos... todo colocado con estudiado diseño. Me cachis en la mar. Parece que han venido los ricos a casa de los pobres a darles la limosna.

Adela está espectacular, sus sandalias doradas van taconeando a cada paso que da, marcando el compás de su glamour que se desprende a chorros por todo su alrededor. Solo falta la banda mayor anunciando la llegada de tan ilustre visita a bombo y platillo.

Su alteza real, aquí sus súbditos gloriosos de que acuda a nuestra humilde choza. Póngase los guantes no se vaya a infectar (pienso para culminar la película que me estoy montando).

El marido de Adela, Víctor, aparece detrás como un apéndice suyo. Sonríe en señal de compasión. “No pasa nada, hija, verás como no duele”. Parece que me diga, como si me vinieran a operar de apendicitis.

Me da dos besos el marido también, pero estos besos no son tan sonoros ni tan de ventosa, son suaves y suficientes para no empezar a agotarnos en emociones intensas, que la noche es muuuy larga.

Ahora espero que Dani haya recogido todo dentro. Oigo al Frispi ladrar como un condenado. Seguro que estará yendo de acá para allá detrás de mi hijo viendo cómo va cogiendo los juguetes, esperando que se los tire. Que no se los vuelva a tirar, por el amor de Dios, que me lo va a dejar todo empantanado de pelos otra vez. Que este chucho es moverse y dejar huella y la gomina a ver si le sujeta el abrigo de pelamen que lleva puesto, por favor.

CAPÍTULO 6

La vecina nos sigue mirando, la muy sinvergüenza ha dejado que el ascensor se vuelva abajo sin haberse metido dentro, se ha entretenido mirando su llavero disimulando para no perderse el gran momento. El instante en el que abra la puerta y por fin pueda ver el universo paralelo que hay al otro lado. Quiere ver todo lo que alcanza su vista del interior de mi casa y hacer capturas de pantalla en su mente de todo lo que visualice para poderlo contar a las cacatúas del barrio. Y después del incidente del cubo, estará muchísimo más interesada en hacer un buen reportaje de los misterios sin resolver de su vecina la rarita.

Mi cuñada se ha dado cuenta del olor a pescado podrido, y no sabe de dónde viene esa pestilencia. Mueve las aletas de la nariz, pero sigue sonriendo, esperando que le abra la puerta de una vez. Lleva una bolsa en la mano con el logotipo de una tienda famosa por sus pijerías para regalar y quedar megasuperbien cuando te invitan a una cena de compromiso... ósea, cuando tienen que pensar por ti para ofrecer un obsequio que esté en los cánones de aceptación del protocolo social absurdo de esta aparente cordialidad artificial.

Vale, miro a la vecina y señalo su bolsa como el cuerpo del delito. Si no fuera porque es pescado, parecería incluso que había un muerto en el bloque.

Adela comprende que el asqueroso olor viene de la bolsa de la mujer de la bata rosa que nos mira esperando ser igualmente agasajada con saludos y muestras de simpatía que no acaban de dirigirse a ella, porque se ha convertido en parte de la decoración de la escalera, como una cariátide adherida al ascensor. La miramos y para acabar con ese marrón, soltamos el “*buenas noches*” como corresponde a personas civilizadas que llevan una conducta digna ante los vecinos

—Buenas noches. —contesta sonriendo —¡Vaya!, ¿de cena, eh? —suelta dichosa de haber puesto pie en tierra firme. Ya tiene el puente hecho, se nos viene a nuestra orilla de cabeza.

—Sí, de vez en cuando hay que hacer alguna cena, ya se sabe, no todo en la vida es trabajar —¡Qué oportuna mi cuñada! Claro, para ella que es llegar y sentarse, esto es disfrutar, pero yo que llevo todo el día jodiéndome limpiando, de compras, organizándolo todo... prefiero mil veces irme a descargar camiones

al puerto que esta locura... y lo que me espera ahora...

—Claro, mujer, hay que divertirse. Marisa, que lo paséis muy bien. Bueno, voy a tirar la basura, que hoy hemos hecho mariscada y tengo aquí los restos de las langostas, ya se sabe, un día es un día.

Ale, muy bien, estupendo. Has metido canasta triple. Yo que tengo mis humildes gambones de 9 euros el kilo que pillé en una oferta de tres paquetes que regalaban uno, congelados desde hace un mes para este evento, y unos cuantos canapés de paté y aceitunas, salmón ahumado y empanadillas de atún, y vas tú, Sonsoles de mi vida y presumes de langosta delante de mi familia que ya se habrá hecho una composición de lo que unos ponen en la mesa un día cualquiera y otros en un día tan especial como esta noche. Podría haber comprado sardinas y habría quedado igual de cutre que con lo que van a ver en los platos. No hay langosta. Seguro que cuando me inviten ellos, no faltarán en la mesa esos bichos con patas que tanta pena me dan cuando los veo en las peceras esperando a entrar en la cazuela.

La bolsa estaba chorreando gotitas. Por favor que no hayan pisado ese líquido radiactivo. Miro y compruebo que algunas gotas se han esparcido barnizando el suelo. Mierda. Tendré que dejarles zapatillas a mis cuñados si llevan en la suela la peste del líquido ese, la esencia de su banquete en pleno declive, vamos. Nos lo restriega bien restregado, hasta lo voy a oler en mi casa, fíjate tú.

Abro la puerta ya, viendo que la vecina desaparece en el ascensor. Menos mal. —Pasaros a tomar café si queréis —se oye antes de que se cierren las compuertas. Sonsoles ha bajado a los infiernos llevándose mi paciencia consigo. Será cabrona... ese ofrecimiento le da visado para aparecer durante la noche, ya verás tú.

—Sí... vale... dice mi cuñada, dispuesta a ver otros mundos y lanzarse a la conquista del espacio vecinal. Tiene que aprovechar lo guapa y elegante que está para dejar —a cuanta más gente mejor— hechizada por sus encantos.

—Vale... digo yo, pensando para mis adentros que si quiere que también los puede invitar a cenar a su casa, que hasta me haría un gran favor, que igual le ha quedado alguna pata de langosta que chupar... ¡anda ya!

Ahora me están mirando con esa intensidad que telepáticamente anuncia: Bueno, que tenemos que estar toda la noche en la escalera ¿o qué?

Llegó la hora de la verdad, queridos cuñados, vais a ver lo que es bueno.

Me giro y recuerdo que mis dedos tienen las uñas con el esmalte hecho una pena y trato de que no se vean mucho, convirtiendo mi mano en un puño más

bien. La apertura va poco a poco ofreciendo el panorama interior de mi casa. Primero se asoma el Frispi, ladrando con desespero como en la vida ha ladrado. Claro, ¡están invadiendo su territorio! No les conoce, no les han visto nunca, así que para él mis cuñados son la amenaza en persona. Solo espero que no les muerda, que aunque es pequeño, y los Setter no tienen fama de agresivos, nunca se sabe la reacción que puedan tener. El instinto de supervivencia puede llegar a mostrar su lado oscuro, y lanzarse a dentellada limpia a los tobillos de piel fina de Adela, que no me pondría una denuncia por morderle mi perro, pero de seguro que me crucificaría día sí día también en toda su puñetera vida.

Menos mal que cojo a tiempo a Frispi en los brazos, pero se me revuelve, con la boca abierta enseñando los colmillos como un vampiro. Con lo bonito que es, en estos momentos ¡es un verdadero monstruo!

—Bueno, bueno, buenoooo —salta mi cuñada, intentando acariciarlo, como si fuera un domador de leones intentando amansarlo.

—¡Ni se te ocurra!! —grito espantada, dándole un manotazo, apartando su mano del alcance de la fiera de Frispi. —no sea que te muerde...que no te conoce.

Adela me mira espantada, más que yo, con cara de cortocircuito, y se frota la mano para aliviar el guantazo que le he metido, hasta creo que se le ha caído algo que llevaba en uno de sus dedos. ¡Que se ha caído algo de sus dedos!

Miro al suelo, y veo que sí, que se ha soltado una piedrecita del anillo, y ha sonado clon clon. Me agacho para ver dónde ha ido a parar y el Frispi también está a la altura del suelo, por lo que, con lo rápido que es cogiendo todo lo que cae en la cocina para zampárselo, pilla la piedrecita y se la zampa sin siquiera olerla. Así es él, primero traga, luego ya verá si es digestible o no.

Vemos cómo Frispi se relame feliz de haber sido el primero en ver esa especie de cosa verde que parecía una gominola de las que a mi hijo se le caen y no llega nunca a comer porque le gritamos para que no se acerque al lugar del delito y se queda petrificado del susto que le metemos. Pero es que ahora no nos ha dado tiempo de gritarle.

—Oye, que se ha comido el rubí —Me dice alucinada, como si hubiera visto a un marciano.

—Frispi, Frispi, vomita, saca eso, escúpelo. —le digo al perro zarandeándolo como si fuera una hucha que tuviera que sacar con urgencia todos los ahorros.

Frispi está rebelándose contra mí también. No le gusta que le toquen la barriga, nunca deja que le toquemos ahí, y ahora le estoy apretando a ver si escupe, pero lo que consigo es que se enrabie y me intente atacar, haciendo el

ruido ese de la moto que arranca a todo gas.

CAPÍTULO 7

Por si fuera poco el desastre, veo que los muñecos del Frispi están peor que antes, los ha sacado todos de la bolsa y encima están fuera los que estaba a punto de tirar ya de lo cochambrosos que estaban ya. Hasta calcetines rotos que habíamos anudado y se los tiraba para jugar con él, están por todas partes junto a los millones de pelos que forman la estampa del desmadre.

Ni que decir tiene que con los nervios me he olvidado de esconder las uñas, los pies, lo que llevo puesto, y he abierto la boca sin acordarme de que se ven las piezas ausentes y hasta un colmillito negro y pequeño que quedó como soporte para la dentadura estética.

Tengo que llamar al veterinario, al teléfono de urgencias. Ubico a mis cuñados en el salón.

—Sentaros, que voy a llamar a ver qué se puede hacer. Encierro a Frispi en la cocina, que se pone a arañar la puerta desesperado.

Dani está en su habitación, seguro que tiene los altavoces puestos y ni se entera de la movida, como si le viera. Cojo el listín de teléfonos y busco el del veterinario. Llamo pero no lo cogen. Cuando me doy cuenta, mi cuñado vuelve del balcón, ha ido a fumar un cigarro. Su cara dice algo que no acabo de entender.

¡Los cubos! ¡Habrás visto los cubos! Bueno, los habrás visto y olido. ¡Qué vergüenza, por Dios!

Se habrá sentado en la silla justo al lado de ellos y ya me imagino la cara que se le pondría al atisbar ese olor y de dónde procedía, y cuando viera lo que había dentro... todo un océano de interrogantes sobre su cabeza...¿ Pero...esto qué es???

Se queda mirando a su mujer como diciendo... “Cuando te cuente algo que sé, te vas a quedar a cuadros, maja.”

A ver cómo justifico eso. Entonces, se me ocurre algo, se me ha venido la inspiración de repente, la paloma del espíritu santo se ha posado en mis neuronas justo en el momento en el que estaba al borde de la gran cascada de Iguazú. Sí, de ojú mi arma qué marrón. ¡¡Ufff!!

—Víctor, si ves un cubo en el balcón, son las muestras de Frispi, que las

tengo que llevar a la consulta, que no anda bien del estómago y se las tienen que analizar. Luego las tapo y podrás salir sin esa molestia, ya sabes.

Me mira con cara de *“Lo que tú digas. En la vida se han llevado tanta cantidad de mierda a analizar, hija mía. Con un frasquito va que chuta. Estás como una puta cabra, cuñada.”*

Adela se debe haber revuelto un poco por lo blanca que se ha puesto.

—Voy al lavabo un momento. ¿Dónde está?

—Sí, en la puerta que está delante de la entrada. Tú misma. Luego os enseño a casa.

Se encamina hacia allá y a cada paso se va oyendo chofchof de las gotas de la bolsa de basura de mi querida vecina, que se van convirtiendo en parches pegajosos que se obstinan en engancharse al suelo.

Yo sigo buscando números de teléfono para dar con el servicio de urgencias veterinario, sino del que llevo a Frispi, de otros que están en la guía. Entonces doy con una clínica de 24 horas y llamo.

—Por favor, que mi perro se ha tragado una piedra preciosa.

—Buenas noches. ¿Me puede decir si es usted cliente de nuestra clínica?

—No, pero es que no sé a quién acudir, mi veterinario no responde a las llamadas.

—Bien, va a tener que traer a su perro a nuestra consulta o iremos a su casa si usted no se puede acercar.

—Si, por favor. Vengan a mi casa. Les doy mi dirección. Estoy muy preocupada, no sea que se le obstruya el estómago, al pobre.

—No se preocupe, estas cosas pasan a menudo. Lo más normal es que lo evacúe, por lo que habría que estar atentos mirando sus deposiciones, pero sí es cierto que existe el peligro de que se le pueda encajar en el píloro y provocar una seria obstrucción. Entonces habría que intervenir extrayéndoselo.

—¿Y cuánto tarda en saberse si hay que operar o no?

—Pues, señora, depende del rato que se esté sin echar nada, ya sabe. Lo lógico es que después de tres horas eso salga o haya que sacárselo. Pero no se preocupe, que cuando veamos a su mascota, le palparemos y sabremos si está en peligro o no. De momento dele mucha agua y que coma algo consistente, el mismo pienso, para que si tiene que salir la piedra, sea arrastrada por la masa fecal sólida, que la envuelva, ¿me entiende?

—Sí, sí, que sea consistente, le entiendo —resuelvo para confirmar que le tengo que dar solo pienso y no tenga diarrea.

Pues menudo marrón, vamos a tener que estar detrás del perrete a ver lo que

le va saliendo, como si fuera un huevo Kinder, ¡con sorpresa dentro!

Mi hijo sale del dormitorio con la furia de titanes encima.

—Mamaaaaá donde has puesto el juego de la play, ¡¡el nuevoooo!!

—Dani, ¿Qué modales son esos, no ves que están aquí los titos? Anda, ve a saludarles que están en el salón.

—Mamaaaaaá que dónde está el juego, ¡¡que mis amigos están en plena jugada y se van a llevar la partida si no juego ahoraaa!!

—Ay, qué voz tiene ya el Dani, si es todo un hombrecito —salta mi cuñada asomándose para ir a estrujarle y darle mil besos para marcarle el carmín por toda la cara.

—Ale, dale un besito a la tita. —Y cuando le miro mejor veo que lleva puesto lo mismo, el equipo de fútbol todo sudado y ...¡descalzo, con los pies más negros que el betún, destilando la esencia de dos horas y media chutando al balón!— pero ¿aún no te has cambiadoo? Corre a ducharte y a ponerte la ropa que te tengo encima de la cama preparada, anda, que vamos a cenar enseguida en cuanto venga tu hermana y el papa.

CAPÍTULO 8

Mis cuñados le rodean y le propinan con cierta prudencia unos besos que apenas aterrizan, pero que de Adela consiguen dejar su huella acarminada, dejando a Dani claro que su tía le tiene mucho cariño. Mi cuñado intenta darle un apretón estilo machote pero se lo piensa y tan solo le da un pequeño cachete en la nuca, cosa de la que se arrepiente porque enseguida se restriega la mano en sus pantalones. ¡ Cómo debe estar ese cogote! Hasta le veo los goterones bajar a la camiseta. ¡Ufff qué cuadro!

—Dani, deja el juego y ve a la ducha, anda, corre.

—Mamaaa que me digas dónde está el juego, que tengo que entrar para que me guarden el sitio de la partida. Luego lo apago, te lo prometo,¡¡ pero dime dónde está yaaaaa!!

Vale, a ver, me digo yo, que he cogido todo lo de los muebles y lo he metido en las bolsas, no tengo ni idea en qué bolsa estará, pues también recogí su habitación con la misma táctica y a saber bajo qué cama o en qué armario se encuentra la bolsa que contiene el dichoso juegucito del Dani. Si pusieran las cosas en su sitio, esto no pasaría. Pero claro, aquí la que está detrás colocándolo todo soy yo, que si por ellos fuera, esto parecería el mercadillo, todo a la vista arremolinado.

—Ahora voy, Dani, no te preocupes —le miro abriendo mucho los ojos a mi hijo como diciendo “me la estás preparando bien, hijo, ya verás cuando nos quedemos a solas, ya.”— tú vete a la ducha que lo busco —a ver si funciona esta táctica disuasoria.

—Sentaros, sentaros, id picando, aquí tenéis los canapés —les llevo una bandejita de montaditos que tenía preparados de atún, paté, anchoas, aceitunas, patatas fritas... lo típico. ¿Queréis beber algo?

—Gracias, pues no vendría mal una cervecita si tienes —me dice mi cuñado que se quiere quitar el mal sabor de boca que le debe haber dejado lo que ha visto en el balcón.

—Sí , claro, bien fresquita , ahora te la traigo. ¿ Y tú, Adela, qué te apetece, una Coca cola, una Fanta, una..(anestesia para que te desconectes en dos horas y pueda tener la casa , mi hijo, mi propias pintas como Dios manda)?

—¿Tienes agua de Vichy?

¡¡El agua de Vichy!! ¡Lo sabía! Cuando estaba en el súper sabía que me faltaba algo importante. Mi cuñada siempre toma agua de Vichy. ¿Y ahora qué hago? Voy a quedar fatal si le digo que no tengo, pues cuando ella nos ha invitado a su casa a tomar algo, bien que tiene para su hermano—mi marido—su marca preferida de tónica, exclusivamente para él la compra y así demostrar que lo tiene en cuenta cada vez que nos invita. Y yo sin agua de Vichy. Como venga mi marido y vea que su hermana tiene que beber simple agua mineral me va a mirar decepcionado de no haber correspondido como se debe.

Tengo que solucionarlo como sea. Creo que mi vecina tiene de eso, voy a tener que arrastrarme hasta ella y pedirle una, como un gran favor. Y qué rabia me da. Pero es igual, ya de perdidos al río.

—Sí, ahora te la traigo, voy a ver que me parece que han llamado a la puerta.—digo para disimular y salir escopeteada a casa de la vecina.

Mi hijo sigue gritando desde su habitación así que antes voy a ver si encuentro el juegucito. Me meto en su habitación y ante su cara alucinada buceo bajo su cama, hurgando entre las bolsas, hasta que me empiezo a agobiar al no encontrar eso que no sé ni cómo es.

—Pero ¿cómo es? ¿Qué pone en la carátula?

—Mama, no pone nada, hay una imagen de una ciudad y dos guerreros, a ver si yo lo encuentro, déjame que lo mire yo.

—Vale, tú ve buscando, si no está aquí, está en mi armario o en el de la salita. Yo voy a casa de la vecina, que no he comprado agua de Vichy y la tita es lo que toma.

—Jolín con la tita Adela, mira qué asco cómo me ha dejado la jeta que no me quito el pintalabios de los besos ni con jabón. Ya me he restregado con la esponja y no sale. ¿Pero con qué se pinta la tía?

—Hijo, es que deben ser esos pintalabios que duran 24 horas. Ya sabes lo coqueta que es. No te preocupes, que mañana ya no tendrás nada.

—Pues a mí que no me vuelva a besar. Tú que no quieres que me haga ni tatuajes ni piercings, mira ella, ya tengo su puto grafiti en la jeta. Jolín con la tía.

Me pongo de paso los zapatos para ir poco a poco remodelándome y voy a la vecina.

—Hola, ¿Qué tal va la cena?

—A eso vengo, que no me acordé de comprar agua de Vichy y como tú la tomas pues a ver si me das una que te la traigo mañana cuando compre.

—Sí, claro. Anda, pasa, que ahora te la traigo.

CAPÍTULO 9

Miro su casa. Pues la verdad que esto parece un tanatorio. Veo las fotos de su difunto marido con velas por todas partes. El pobre está de viaje. Es transportista y va por toda Europa llevando mercancías. Ella padece por él y le reza a todos los santos para que le protejan en la carretera. En cierto modo me da pena lo sola que está, y entiendo que quiera fisgar en la vida de los demás para distraerse un poco. Acabo de tener un flash en mi cabeza de esos que luego incluso me arrepiento de hacer caso y le propongo:

—Oye, ¿Por qué no te vienes a la cena? Tengo de sobras. Compré tres cajas de quilo de gambones y no vamos a poder con todo. Así conoces a mis cuñados, que son muy majos —esto lo dije para convencerla porque en el fondo sé que le da corte venir. Haber visto a mi cuñada te hace poner el listón muy alto para estar a su altura.

—Pues... no quiero ser molestia. Sois muchos ya.

—No, mujer. Mira, si te sobrado alguna langosta de la comida de hoy, la puedes traer si quieres —al menos lo intento, sería un puntazo, la langosta y el agua de Vichy. Solo falta que el Frispi saque la piedra esta noche y no tenga que estar a cada rato cogiendo el teléfono con las llamadas de mi cuñada preguntando si ha puesto ya el huevo o no.

—Bueno, vale, pues venga. Me animo. Pero deja que te recoja el pelo un poco, que lo llevas enmarañado —me coge unos mechones que se me han puesto como antenas de la hormiga atómica y me los estira hacia abajo. Ella fue peluquera y tiene ese afán que no puede controlar, peinar a todo el que se le ponga por delante.

Me dejo atusar y acabo con un medio moño la mar de elegante, con un pasador que me ha colocado sin darme cuenta, sacado de su propio peinado. Me miro y ya me siento otra. Vamos transformándonos poco a poco.

—Entretendré a tus cuñados y tú te cambias, ¿vale? —me guiña un ojo al darse cuenta que voy disfrazada, con ropa de maruja de zafarrancho de combate y zapatos de fiesta desentonando.

—Ay, pues te lo agradezco, porque han venido antes de tiempo y mira, me han pillado en plena limpieza.

Sale de la cocina con una bandeja que esconde un par de esos bichos que tanta pena me dan y tres botellines de agua de Vichy, uno de ellos con el vaho encima de haber estado en la nevera.

—Gracias, mañana te los traeré.

—No, mujer, qué menos de corresponder con algo, ya que me invitas.

Ya en mi casa, entro rápidamente en la cocina, medio escondiendo lo que llevo en las manos y lo coloco encima del mármol. Les presento a mi vecina y voy a la cocina a llevarles la bebida. Es como un trofeo, ¡¡prueba superada!! Me hace la vecina un gesto como diciendo: corre y aprovecha, y voy a vestirme pues tienen para una hora con toda la biografía, memorias y aventuras de la vecina que en su microfilm tiene recopilados los mejores momentos de su historia.

Cuando voy a la habitación del niño a ver si se ha cambiado de ropa, veo todas las bolsas con su contenido esparcido por la cama, el suelo y parte de los muebles, que es como si hubiera estallado ahí dentro la barriga de un depredador de chorradas, artilugios y figuritas, escampándolo todo en un radio de cuatro metros cuadrados. El niño no está y sigo el rastro de calcetines y botas que llevan hasta...el salón. Y ahí está, revolviendo los cajones del armario, sacando todas las bolsas escondidas y vaciándolas en el suelo delante de mis cuñados.

¡Tierra trágame!

Mi vecina me mira como diciendo: maja, menudo marrón, qué arte tiene tu niño para sacar los trapos sucios, literal.

—Mamaaaa que dónde está el juego... en qué bolsa lo has metidooo=?

A mí me da algo. Han salido rodando los imanes que mi cuñada me regalaba de sus viajes, de esos cruceros en los que compraba un imán en cada puerto y ahí se quedaron, en los rincones de los cajones muertos de risa. Pues ahora están saliendo y cobran vida delante de su dueña como si la reconocieran y dijeran: señora, sáquenos de aquí que no vemos la luz en años.

Voy a la cocina a ver si metí ese juego en el congelador, porque ya me lo espero todo de mis prisas por esconder todo lo que estaba a la vista.

Por suerte no lo metí ahí, lo he comprobado, porque cualquier día soy capaz de guardar ahí hasta el móvil, ya no sé ni lo que hago.

Me viene la vecina toda satisfecha y me dice: No te preocupes, todo controlado. He quitado una caquita del perro que había en un rincón, no te preocupes, ya no la verán.

—¿¡Que has visto Quéeee?¡

—Nada, hija, el pobre no se habrá podido aguantar y se lo hizo detrás del sofá, pero nada, que ya lo recogí.

—¿Y dónde demonios la has tirado?? —Estoy descompuesta. Claro, ella no sabía nada y lo ha recogido sin más. ¿¿Pero dónde lo ha tirado??

—Pues al wáter, hija, al wáter. ¿Dónde va a ser? Por cierto... he abierto la ventana, porque no se podía ni respirar dentro.

—¿Y has tirado de la cadenaaaa?

—Ay , pues ahora que me lo dices no caigo. Espera que voy y tiro por si acaso.

—¡¡¡Nooooooooo!!! ¡Ya voy yoo!— la tengo asustadita perdida. Me mira con una cara de alucinada como si me hubiera vuelto majareta.

Corro al cuarto de baño y miro dentro de la taza, esperando ver flotar esa cosa verde entre la masa marrón.

Y sí que está, pero por mucho que remuevo con la escobilla, ahí no hay premio aun. Habrá que esperar un poco más.

—Mira, no es culpa tuya, pero es que Frispi se ha tragado un rubí del anillo de Adela, mi cuñada, y estamos esperando a que lo eche... ya sabes.

—Ay, hija, lo siento. Pero vamos, que lo que recogí era todo marrón, ahí no había nada verde, te lo aseguro. Tendré más cuidado de ahora en adelante. Pero anda, ve a vestirte que aún sigues disfrazada.

Me voy resignada, esperando que todo vuelva a su sitio como en una moviola, marcha atrás. Y mi hijo descalzo aromatizando la sala, sacando más y más bolsas hasta llenar los sofás de cachivaches.

CAPÍTULO 10

Corro al armario de mi habitación, me cambio de ropa enseguida y al agacharme, veo sobresalir las bolsas que también escondí ahí. Tiro de una y veo, entre un montón de cromos y pegatinas, un disquet. Lo giro y veo que es un juego de la play.

—Daniiii que ya lo encontré. Veeennn. —a ver si deja de revolverlo todo porque me va a dar algo.

Por suerte es ese el juego. Como no tiene ninguna culpa, no le regaño. Ya me da igual el lío que ha montado. Seguro que mi vecina lo ha vuelto a recoger todo, la pobre.

Cómo han cambiado las cosas. Antes que la veía como a un grano en el culo, y ahora se ha convertido en mi salvadora. Seguro que está entreteniéndoles y justificando el caos que se ha organizado en poco momento.

—Sí, es todo lo que les va a dar a los de Caritas, lo está recogiendo y amontonándolo para que lo vengán a recoger mañana —les dice respecto a todo lo que se desperdigó de las bolsas. ¡Madre del amor hermoso! Mi cuñada ha visto todos los souvenirs en esas bolsas y va a pensar que me lo quiero quitar de encima.... Con lo que le costó reunir dedales de cada sitio turístico, para que yo los coleccionara... y me guardaba todos los reyes del roscón de reyes cada año pensando que a mi hijo le hacía ilusión tenerlos... y ahí estaban, en las bolsas que recogerán los de Caritas mañana... Ufff ahora cómo la miro a la cara...

—Oyeeee no habréis visto la bolsa de recuerdos, ¿verdad? Que por favor no haya mezclado lo que tengo como oro en paño con lo que voy a regalar. Con la ilusión que me hace la colección de recuerdos de vuestros viajes... solo faltaría perderlos. Sería una pena, pues les he guardado un sitio en la nueva estantería que pondremos aquí encima de la tele.

Y les señalo la pared encima del televisor haciendo una línea con el dedo de donde supuestamente tendrá que colocarse una balda de madera para poner todas las chorradas de mis cuñados.

¡Dios! Ahora me veré obligada a hacerlo para quedar bien, porque si no, se van a defraudar enormemente conmigo. Dirán: *¡Mírala, nosotros ahí perdiendo el tiempo en nuestras vacaciones buscándoles el dedal o los imanes de recuerdo,*

y ella se los quita de encima para perderlos de vista!...y su marido dirá: Qué falsa que es, cuando decía la gran ilusión que le hacía tener esos detallitos...

Bueno, ahora va todo encajando y ya no me miran mal.

Solo falta que mi hija y mi marido lleguen ya y comencemos la cena.

Llaman al timbre. Será el veterinario. Le abro y pasa esperando ver a la fiera para examinarla.

Curiosamente, Frispi se ha calmado. Debe estar notando en sus adentros que algo no va bien , y tan solo emite un leve gruñido al abrir la puerta.

Un chico joven, con un maletín entra y se agacha para darle de inmediato una chuche apta para mascotas a Frispi, que mueve el rabo de inmediato ante el sabroso regalito que se mete en la boca en un santiamén.

—Bueno, bueno, así que tienes en la tripita una piedra, eh? Vamos a ver... —y le palpa en el estómago mientras Frispi le mira moviendo el rabo. Se han caído bien, de momento la cosa va bien y no habrá que suturarle a nadie ningún dedo. Ejem.

—Buenas noches. —el veterinario saluda a todos los presentes que nos ponemos en círculo para ver si sale el premio de la barriguita de Frispi.

—Buenas noches, a ver si se lo puede sacar, que es muy valioso —dice mi cuñada enseñándole el anillo con el hueco de la piedra.

—Noto que hay tensión en su estómago. Puede que le esté doliendo al ir pasando por el intestino. Vamos a darle algo para que lo eche todo.

Y saca unas bolitas de su maletín, bastante buenas para el paladar de los perros, porque el perrete se pone la mar de contento lamiéndole la mano.

Se devora el montoncito que le ha puesto delante y todos nos ponemos a la espera como si empezaran los fuegos artificiales.

El cerrojo de la puerta gira unas cuantas veces. Mi marido y mi hija hacen acto de presencia, comienzan las presentaciones, los besos, y después de avisarles de lo que ha pasado, aún acarician más a Frispi, que se pone como una moto pues adora a mi hija, le vuelve loco las cositas que le dice en plan cariñoso: *Mi pirrín, mi cosita, mi tonti, ¡anda la que has liao!*— le suelta zarandeándolo.

El veterinario coge al perro, se va hacia el balcón y me pide unos periódicos. Creo que ha visto algo que indica que el perro va a hacer fuerza...

Corro a la cocina, cojo unos diarios viejos para cuando friego el suelo y se los llevo. Entonces, él me mira, mi cuñado me mira y entiendo. Los dos han visto esa cosa en los cubos.

—Son para abonar las plantas, ya sabe...— le digo porque eso de que son muestras para analizar no se lo va creer , a no ser que tuviera una vaca enferma

en casa.

La cara de póker lo dice todo. En fin.

CAPÍTULO 11

Frispi va contrayendo su cuerpecito y aquello empieza a despejarse de chorretes. Mi cuñada se enfila la primera a ver si ve algo, se pone las gafas y todo, se acerca y no ve el bordillo del balcón, se da un traspiés y al caer hacia el balcón da sin querer a la silla, que se gira tambaleándose, tirando el contenido del cubo. En ese mismo momento Frispi se vacía pero aún no se ve nada relucir, aunque se mezcla todo enseguida con lo que se ha volcado del cubo.

El veterinario se horroriza y se levanta, me mira como si fuera una broma de mal gusto y se trata de del invitado payaso que ameniza la noche y se va al lavabo a lavarse.

—Vigilen ustedes, tengo que limpiarme un poco.

Mi cuñada, de rodillas, ve asomar el brillo de la piedra verde entre ese fango y lo rescata con un... ¡Aleluya!

Todos aplaudimos y felicitamos a Frispi que salta contentísimo. Se ha liberado del dolor y ahora sí que es una fiesta para él lo que está pasando en la casa, pues prácticamente está su olor impregnándolo todo, su territorio está más que marcado, embadurnado.

Despedimos al veterinario no sin antes pagarle la visita, que con lo que costó me podría haber comprado un anillo de esos yo también.

Una vez limpiado todo, con la ayuda de la vecina que se trajo el equipo de limpieza de su casa, nos pusimos a cenar todos juntos en la gran mesa del salón.

Mi hija empezó a contar la odisea que le pasó en el autobús, por lo visto el conductor tomó otra ruta y en vez de venir directamente, hizo un rodeo que implicaría una hora entera de trayecto, así que llamó a su padre y por eso tardaron tanto.

Después se puso hasta de pie para explicar que en la tienda donde trabaja, ha entrado una señora, se ha probado ochocientos mil vestidos y luego los ha dejado ahí tirados en el probador sin comprar nada, y encima diciendo que no le gustaba nada de lo que tenían ahí. Es una tienda exclusiva y tiene mucho éxito, pero a esa mujer le debía resultar carísimas todas las prendas, porque cuando les veía el precio ya no le gustaban...

—...Y la muy fresca, más pija que nada, me lo dejó todo tirado, se dio la

vuelta y se fue. Pa matarla, vamos —Se desahoga mencionando a esa tipa —Y encima me dijo que había venido por recomendación de una amiga y que le hiciéramos descuento. Pues que no vuelva, porque gentuza así, más vale que no aparezca por la tienda...

No sé por qué, mi cuñada está más atenta que de costumbre a esto que está diciendo mi hija.

—Y... ¿esa chica tenía el pelo canoso, y flequillo?— pregunta mi cuñada, interesadísima.

—Sí, sí... ¿ La conoces?

—Claro, es mi prima. Le dije que fuera allí a probarse algo. Es muy especial, pero gasta mucho en ropa.

Veo que mi hija traga saliva y se calla. Me mira como diciendo: mamá , la he cagao. Y yo hago una mueca con la boca afirmándolo y lamentándome de otro marrón que tenemos encima. Ahora todas las amigas de mi cuñada no se asomarán por la tienda de mi hija ni por casualidad. Ha quedado claro que es terreno vedado a pijas tocapelotas.

Por una parte mejor, así no la fastidiarán. Por otro, una pena, pues se gastan mucho en trapitos cuando van al centro. En fin.... A ver qué es lo siguiente, Dios mío.

Mi marido brinda con una noticia para romper ese mal rollo creado y salvar la situación:

—Vamos a brindar por esta cena, porque tengamos muchos ratos como este y lleguemos a compartir buenos momentos, porque lo importante es la familia y poder celebrar que estamos todos reunidos.

Le ha quedado fenomenal. Todos sonreímos. Sí, todos. Y salimos en la foto que nos ha hecho Dani. La pasa para que la veamos y cuando la veo me quedo a cuadros... no me puse la pieza dental, y mi sonrisa es patética. Ale, lo que faltaba. El cuadro completo.

Y tras comernos los gambones, las langostas de mi vecina, jugar con mi hijo a la play hasta ganar la partida a sus amigos y acabar poniéndole una braguita a Frispi con una compresa para que dejara de señalar por donde pasaba, concluyó la cena y con ello la visita.

Volvió la normalidad, la santa normalidad a mi casa.

Ahora, eso sí, gané una buena amiga con la que nos convertimos en uña y carne, mi querida vecina que dejó de encender velas a su marido ausente porque nos pasábamos el tiempo de una cocina a otra, de un súper a otro, de una cafetería a otra, juntas, ideando unas vacaciones en las que nos juramos no

comprar ninguna chorrada para regalar a nadie.

AGRADECIMIENTOS

Y hasta aquí hemos llegado con esta historia.

Espero que os haya gustado y hayáis disfrutado leyéndola. Mi intención era hacer pasar un buen rato. Si lo he conseguido, estoy más que satisfecha.

Un cálido abrazo y muchísimas gracias por asomarse a estas páginas.

No olvidéis dejar vuestra impresión escribiendo una reseña en Amazon.

Hasta pronto.